

VESTIGIOS

Lena Retamoso Urbano*

Bennington College
lretamoso@gmail.com

Resumen: La estampa bizarra que nos ofrece Lena Retamoso Urbano gira alrededor de un recuerdo latente y, en su mayor parte, imaginado. La trama se teje y desteje a manos de un narrador que se adentra en un recuerdo de la infancia a través de la mirada de otro(s). Nos invita a una reflexión (o percepción) altamente sensorial del pasado donde se resalta la plasticidad de la memoria, despoblada de hechos y, más bien, llena de intertextualidades, desencuentros y espacios y tiempos liminales y subliminales.

Palabras clave: Lena Retamoso Urbano, prosa bizarra, sujeto descentrado, moscas, texturas, memoria, percepción, infancia, intertextualidad.

1. “Vestigios”: un anti-retrato

La poesía ha sido siempre ese espacio para convocar lo informe. A través de las metáforas, un cuerpo nuevo emerge de las profundidades del imaginario y en él parece embarcarse un conjunto inagotable de vínculos y estímulos. Al empezar la primera línea de este texto, el lenguaje se apropió de mi vago recuerdo y un nuevo pasado se hizo presente en las imágenes: el tiempo poliédrico del cuerpo literario.

Siempre me ha fascinado la intensa dependencia que se crea entre un verso y otro, incluso, cuando estos están desligados completamente. Esa conexión casi fantasmagórica ha sido fruto de muchos poemas que he escrito. Sin embargo, en este texto, ese hilo unificador no se dio de forma versal sino más bien cuasi-narrativa, a lo largo de cinco estampas bizarras.

* Lena Retamoso Urbano (Lima, 1978) ha publicado *Milagros de ausencia* (Municipalidad de Lima, 2022; Corza Frágil, 2002), *Blanco es el sueño de la noche* (Hipocampo Editores, 2008) y *Luz de escombros* (Valparaíso Ediciones, 2023, en preparación). Es autora del poema visual “y el cuerpo se eleva” (2022), que ganó el Premio a mejor pieza creativa por La Asociación de Lenguas Modernas del Noreste (NeMLA, 2022). Es doctora en Culturas Latinoamericanas, Ibéricas y Latinas por El Centro de Estudios Graduados de Nueva York y profesora visitante en Bennington College.



MUNDO RARO

Intenté vislumbrar un instante específico en la infancia de mi padre y terminé haciendo un díscolo esbozo de un personaje nacido a partir de conexiones vitales, intertextuales y fílmicas. Quise, así, retratar el desbalance y la semejanza encarnados al proceso de percepción en sí mismo.

Mi exploración creativa estuvo en parte inspirada por esta observación de Maurice Merleau-Ponty en su libro *Fenomenología de la percepción* (Planeta-Agostini, 1985):

Cuando evoco un pasado lejano, vuelvo a abrir el tiempo, me sitúo en un momento en el que comportaba aún un horizonte de futuro hoy cerrado, un horizonte de pasado próximo hoy lejano. Todo me remite, pues, al campo de presencia como a la experiencia originaria en la que el tiempo y sus dimensiones aparecen en persona, sin distancia interpuesta y en una evidencia última. Allí vemos un futuro deslizándose en el presente y en el pasado. (p. 424)

VESTIGIOS

I

Detrás de mis ojos sé que siempre te vi, acurrucado en la sombra más cálida de aquello que-sin recordar-podía intuir me acompañaba. Ahora vocifero en silencio, mirando hacia la ventana, a esa ventana que imagino tú también observaste, rápidamente, cuando regresaste de enterrar a tu madre, y abriste, de un puntapié, la puerta de la casa donde vivía tu padre, la cual también era tu casa, pero en ese momento no eras hijo de nadie, hasta te pesaba recibir el sonido de tu nombre en la memoria o el oído.

II

Las moscas, le contaste a mi hermano sobre *las moscas*: que, al regresar del entierro de tu madre, llegaste exhausto a tu pueblo y al empujar aquella puerta, no solo viste a tu padre ebrio, boca abajo, hundido, rasgando a tuestas el suelo mientras absorbía los últimos hálitos

que aún le dejaban sus ínfimos resquicios de sobriedad, sino que especialmente recordabas *las moscas*, a *esas moscas*, hacinadas, alborotadas, lamiendo una hogaza de pan que había rodado por el suelo. *Eran tantas que me habían parecido murciélagos en miniatura*-le comentaste en pleno delirio. Te quedaste estupefacto, contemplando esa escena que podría muy bien haber sido sacada de una película de Béla Tarr, la cual nunca viste, pero que tampoco tenías que ver, porque sin haber sido parte de esos parajes imaginarios, tu vida, de alguna manera, resultaba más verosímil dentro de ellos, tu vida como aquella niña que cobijaba a su gato entre sus brazos mientras ambos iban rodando hacia el rincón más huérfano de la muerte. Permaneciste inmóvil, con tus pantalones raídos, descalzo; tus manos se transformaron en ojos (y los extendías) tratando de atrapar los escasos rayos de luz que aterrizaban temerosos, cual fiebres esparcidas, a lo largo de la estrecha sala. Pero la luz jamás se posó sobre ninguna de tus manos, y asustado, haciendo a un lado el cuerpo somnoliento y convulso de tu padre, abriste nuevamente la puerta, y, dejándola medio abierta, te fuiste trastabillando.

III

Retomo mi lectura de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, y en una de las páginas anda dando tumbos una mosca. ¡Razones no le faltan! Anoche, dejé el libro abierto cerca de un manojo de plátanos demasiado maduros. ¿Qué puedo hacer con ella? Podría cerrar de un sopetón el libro y dejar que se desvanezca y confunda entre las letras de uno de mis pasajes favoritos: “Pero me cayó un repentino *huayco* que enterró el camino y no pude levantar, por mucho que hice, el lodo y las piedras que forman esas avalanchas que son más pesadas cuando caen dentro del pecho”; o podría tal vez soplar sobre sus alas y darle un aviso benigno de que ya es tiempo de marcharse; o podría quizás cerrar los ojos y adentrarme en la escena inicial de *Once Upon a Time in the West* y coger mi pistola imaginaria, meter la mosca en su cuerpo imaginario, sellar la boca del arma con mi dedo imaginario, hacer que la mosca retumbe en esa angosta y absoluta oscuridad y, finalmente, dejarla escapar, atontada, ciega, volando frenéticamente. Vacilo, la mosca parece observarme, me acerco con cautela, ella me deja contemplarla, auscultarla; le miro los ojos múltiples, las alas frágiles, me sorprende su indiferente quietud... decido aguardarla.

IV

De puntillas, casi fantasmalmente, me adentro en mi casa de Lima, me dirijo hacia la puerta de mi sala, la abro con mucho cuidado (no quiero despertar a nadie), subo las escaleras, abro otra puerta, veo una cama, el álbum familiar en la mesita de noche. Retengo, entre mis manos, antiguas fotos de mi madre y de mi padre, de cuando eran niños, acerco una lupa sobre sus fruncidos rostros y veo superpuestos los paisajes de sus pueblos de origen, Antilla y Llamellín, como si fueran dos planetas a punto de estrellarse, rozo entre mis dedos el pálido brillo de una flor de Retama, y acerco hasta mi nariz la brevísima vida de un capulí recién pañado por mis manos. *¿Qué flor me nació en los ojos para que mis padres puedan entrar en estos como abejas moribundas y rejuvenecer allí dentro, dando saltos inconmensurables? El agua cálida que transita por mis sueños es la misma agua que atravesaron alguna vez sus pies mientras me rescataban de mi asfixia. El canto de los pájaros que me despierta y atribula cada amanecer es el deseo encarnado de sus cuerpos tocándose y enredándose en la oquedad que dejaron sus lejanos huesos.*

V

Me fumo un cigarrillo. Me recuesto sobre el césped sucio y cubierto ligeramente de nieve. Sigo fumando. Levanto los ojos y contemplo la vastedad de un cielo despejado. De a poco, la nieve sucumbe al pasto, el pasto se hace barro, el barro, arena movediza... y me voy hundiendo... hasta hacerme rescoldo, humo, pensamiento, idea vaga, metáfora incierta, zumbido: un estar, apenas, de unas patas, restregándose su anhelo, en algún borde o esquina de una fosa entreabierta.